

REFRACCIÓN LINGÜÍSTICA MATERIALISTA
REVISTA SOBRE **REFRACCIÓN**

Lo que decimos y lo que hacemos
Segunda parte: la dialéctica de Fairclough

What we say and what we do. Part Two: Fairclough's Dialectics

Alfredo M. Lescano

Universidad de Toulouse, ENSFEA. EHESS, París. Colectivo Programma

alescano@pm.me

ORCID: 0000-0002-0775-381X

Recibido: 01/05/23

Aprobado: 01/06/23

Resumen

¿De qué manera se conectan las prácticas discursivas de los grupos sociales a sus prácticas no discursivas? Resolver esta pregunta nos parece crucial si se quiere estudiar, tal como nos lo proponemos, el rol del discurso en la transformación de las prácticas sociales. Este artículo constituye la segunda parte de un trabajo que explora este interrogante examinando las propuestas de teorías de gran influencia en el análisis del discurso. La primera parte (Lescano, 2022) se ocupa del tratamiento que reservan a este problema *La arqueología de saber* de Foucault y *Las verdades evidentes* de Pêcheux. El presente artículo estudia las principales respuestas que proveen distintas variantes de la teoría desarrollada por Fairclough. Se discuten, entre otros, las distintas explicaciones *dialécticas* de Fairclough, el pasaje de un “determinismo prudente” a un “constructivismo moderado” y el rol que cumple en su teoría la “acción”. Se establecen al mismo tiempo elementos de comparación con las citadas obras de Foucault y Pêcheux, así como algunas líneas para continuar la reflexión.

Palabras clave: análisis crítico del discurso; Fairclough; Foucault; Pêcheux; Althusser; prácticas discursivas; prácticas no discursivas; dialéctica

Abstract

How do the discursive practices of social groups connect to their non-discursive practices? Solving this question seems crucial if we want to study, as we propose, the role of discourse in the transformation of social practices. This article constitutes the second part of a work that explores this question by examining theories of great influence in discourse analysis. The first part (Lescano, 2022) deals with the treatment of *L'archéologie de savoir* (Foucault, 1969) and *Les Vérités de la Palice* (Pêcheux, 1975). This paper studies the main answers that provide different variants of the theory developed by N. Fairclough. The various dialectical explanations that the author proposes, the passage from "prudent determinism" to "moderate constructivism" and the role of "action" in his theory are discussed. At the same time elements of comparison are established with the cited works of Foucault and Pêcheux, as well as some perspective for further discussion.

Keywords: critical discourse analysis; Fairclough; Foucault; Pêcheux; Althusser; discursive practices; non-discursive practices; dialectics.

Introducción

A lo largo de sus trabajos, N. Fairclough, inspirándose ampliamente de los acercamientos de M. Foucault y de M. Pêcheux, elabora una de las tentativas más difundidas por establecer lo que une lo discursivo con la vida social en general y con las relaciones de dominación en particular. Uno de los problemas con los que se enfrenta es el de la caracterización de las relaciones entre las prácticas discursivas y todo lo que en la “vida social” carece de materialidad lingüística, entre las que se encuentran las prácticas no discursivas. La teoría de Fairclough propone así una vía para responder a una de las preguntas fundamentales que formulan, cada uno a su manera, Foucault y Pêcheux: ¿cómo se relacionan las prácticas discursivas y las prácticas no discursivas?

Este interrogante establece, en nuestro entender, el perímetro de uno de los más importantes campos de reflexión para el análisis del discurso. Se trata nada menos que de considerar el rol de lo lingüístico con respecto a las prácticas sociales disponibles, y viceversa. En la primera parte del presente trabajo¹, hemos intentado dar cuenta del modo en que *La arqueología del saber* (Foucault, 1969) y *Las verdades evidentes* (Pêcheux, 1975), en tanto que continuadora de la teoría de la Ideología de Althusser (1970), formulan y tratan esta pregunta estructurante. El presente texto, que constituye la segunda parte de nuestra reflexión iniciada en dicho artículo, busca examinar esta problemática a la luz de la teoría desarrollada por N. Fairclough desde finales de los años 80. En un tercer artículo exponemos la forma en que la teoría del discurso de Laclau y Mouffe aborda esta misma cuestión, así como los elementos centrales de nuestra propia perspectiva en la materia².

Presentada habitualmente como uno de los principales avatares del Análisis crítico del discurso (corriente fundada por este autor junto con R. Wodak, T. Van Dijk y otros³), la teoría de Fairclough ha sufrido cambios que pueden parecer a menudo aportar sólo matices diferentes para una misma idea, pero que implican importantes consecuencias con respecto, en particular, al tratamiento que el autor reserva a la pregunta que aquí nos concierne. Similarmente a como hemos procedido en la primera parte de este trabajo con respecto a Foucault (1969) y a Pêcheux (1975), nos limitaremos aquí a exponer solamente los principales aspectos de la teoría de Fairclough relativos a su propuesta ontológica en torno a la relación entre prácticas discursivas y

¹ Lescano, 2022.

² Lescano, 2023b. Nuestra perspectiva es más ampliamente desarrollada en Lescano 2023a.

³ Wodak, 2001

no discursivas, sin pretender ser exhaustivos ni explayarnos sobre otros elementos de su acercamiento.

1. Práctica (social, discursiva, no discursiva)

A pesar de encontrarse plasmada en numerosas publicaciones que abarcan las tres últimas décadas, la teoría de Fairclough mantiene un núcleo epistémico constante. Esta estabilidad no significa sin embargo inmovilidad, como lo señala el mismo Fairclough, quien periodiza esas evoluciones con límites bien definidos⁴. Algunas evoluciones son notables precisamente en el punto que concierne al problema que nos interesa en este trabajo.

Situada dentro de un ambicioso proyecto científico y político, Fairclough presenta su teoría como un intento por subrayar el papel que juega el discurso en las relaciones de poder⁵. El objetivo es que se tome consciencia de que la dominación pasa en gran medida por el lenguaje, y facilitar, de ese modo, la aparición de prácticas discursivas emancipadoras. Estas afirmaciones, con las que Fairclough encabeza su primer libro⁶, han permanecido vigentes, enriquecidas y complejizadas, en sus trabajos posteriores.

La primera fase en el tratamiento de la relación entre prácticas discursivas y no discursivas es la que Fairclough define en sus libros *Language and power* (Fairclough, 1989) y *Discourse and Social Change* (1992). Lo observable que se construye esta versión de la teoría se divide en dos categorías principales: por un lado, las prácticas sociales y, por el otro, las estructuras sociales (lo cual incluye fundamentalmente las relaciones sociales, tales como las relaciones de clase, de género o las relaciones intersubjetivas que definen las instituciones, como la relación profesor/alumno)⁷. Fairclough busca construir las herramientas que permitan analizar el rol de las prácticas discursivas (en tanto que prácticas sociales) en el proceso de reproducción /

⁴ Ver, por ejemplo, Fairclough y Scholz, 2020. Se notará que nuestra periodización, en cuya base se encuentran exclusivamente las diferentes elecciones que Fairclough efectúa con respecto a los temas que aquí tratamos, no coincida con la que propone el autor.

⁵ Fairclough, 1989, p. 1. Todas las traducciones han sido efectuadas por el autor del presente trabajo.

⁶ Fairclough, 1989.

⁷ Fairclough no provee una definición de la categoría de “estructuras sociales”, que identifica a menudo con las relaciones sociales, principalmente las relaciones de clase u otros grupos sociales, junto con otras articulaciones entre instituciones (ver por ejemplo, Fairclough, 1989, p. 74; 1992, p. 63), cuando no hace de este término una suerte de sinónimo del tríptico formado por las identidades sociales, las relaciones sociales y los “sistemas de saberes y creencias” (Fairclough, 1992, p. 65).

transformación de las estructuras sociales (en tanto que formas concretas de la dominación de ciertos grupos sociales sobre otros), lo que lleva a cabo principalmente a partir de una generalización de los principales postulados de *La arqueología del saber* de Foucault y de una interpretación de la teoría de Althusser / Pêcheux. Fairclough reorienta los conceptos elaborados por estos autores, ya que, a pesar de que les conceda una gran pertinencia, les atribuye el pasar por alto las propiedades específicas de lo lingüístico y de los procesos socio-cognitivos de comprensión / producción de discursos.

Uno de los postulados que juegan un rol central dentro de esta primera versión de su teoría es el que establece que el discurso es una práctica social. Es posible decir que esta idea vehicula de manera concentrada lo esencial de la manera en que Fairclough concibe la relación entre las prácticas discursivas y las prácticas no discursivas en esta etapa de su obra. Afirmar que el discurso es una “práctica social” es, en primer lugar, afirmar que se trata de una práctica, es decir, de un modo de acción⁸. Fairclough asume aprovechar la “feliz ambigüedad” que poseen tanto el término de *discurso* como el término de *práctica*: ambos pueden referirse tanto a convenciones sociales (“lo que hace la gente en general en ciertas ocasiones”¹⁰) como a acciones concretas, efectivas. En otras palabras, allí donde Althusser proponía distinguir entre las prácticas regularizadas dentro de rituales, y los actos concretos, individuales¹¹, Fairclough prefiere, en esta primera versión de su teoría, subsumir los tipos de acciones y las acciones mismas en una misma categoría, con el objetivo, según afirma, de hacer surgir la interdependencia entre lo regularizado y lo efectivo.

El discurso es una *práctica* en este sentido (algo confuso) que fusiona un modo de acción disponible y un acto puntual. Para exponer en qué medida el discurso es una práctica *social*, en un primer acercamiento, puede decirse que una acción discursiva está siempre “orientada hacia el otro y hacia el mundo”¹². Pero Fairclough pone mucho más énfasis en subrayar que este carácter *social* de las prácticas discursivas proviene del tipo de relación que mantienen con las estructuras sociales. Se trata de una relación que califica de “dialéctica”. Esta relación es dialéctica, en la terminología de lo que podemos llamar el “primer Fairclough”, en el hecho de

⁸ Fairclough, 1992, p. 63.

⁹ Fairclough, 1989, p. 28; 1992, p. 66. Esta fórmula permanece en trabajos más recientes (2003, p. 205), aunque en verdad las últimas versiones de la teoría, como veremos, distingue con claridad los dos ámbitos.

¹⁰ Fairclough, 1989, p. 28.

¹¹ Althusser, 1970, p. 44.

¹² Fairclough, 1992, p. 63.

que combina dos movimientos causales inversos: de acuerdo al primero, la estructura social determina las prácticas discursivas; de acuerdo al segundo, los discursos producen efectos sobre la estructura social. En esta versión de su teoría, por medio de esta “relación dialéctica”, Fairclough aspira a establecer el doble sentido de la relación causal entre lo lingüístico y lo social: las prácticas discursivas son determinadas por las estructuras sociales, pero también pueden producir cambios en ellas. En otros términos, el discurso *reproduce* pero también *transforma* la sociedad¹³.

Antes de abordar en detalle en qué consiste esta “dialéctica” y las modificaciones que Fairclough opera sobre este concepto en la versión posterior de la teoría, observemos que este tipo de relación no es exclusiva del discurso, sino de toda práctica social. Es precisamente la definición del discurso como práctica social lo que transfiere a toda emisión lingüística las propiedades que caracterizan a las prácticas sociales en general. Considerada aisladamente, una práctica discursiva es necesariamente una práctica social. Más generalmente, toda práctica social contiene un sub-componente discursivo, cuya importancia es variable. Así, construir puentes o fabricar lavadoras son prácticas sociales orientadas hacia la esfera económica. Son prácticas esencialmente no discursivas en las que el componente discursivo juega un rol secundario. Por el contrario, las prácticas discursivas tienen un rol determinante en otras prácticas sociales económicas, como las que se despliegan en el mercado bursátil o el periodismo¹⁴. Situándose explícitamente, con respecto a este punto, en la línea de Foucault, Fairclough afirma que la manera en que se “imbrican” las prácticas discursivas con respecto a las prácticas no discursivas con las que se articulan no responden a una ley general y debe ser estudiada en cada caso particular¹⁵.

Para elaborar su concepción de la práctica discursiva en tanto que sub-especie de las prácticas sociales, Fairclough (1989) retoma la idea de “orden del discurso” de Foucault (1971). Lo discursivo se sitúa dentro de un “espacio social” organizado de una manera concreta, esa organización específica es un “orden social”. Más precisamente, un orden social es el modo en que se interrelacionan las distintas esferas de acción (la educación, la justicia, la policía, la religión...) en una coyuntura determinada. Fairclough supone que cada una de estas esferas de

¹³ Fairclough, 1989, p. 27.

¹⁴ Este razonamiento, así como los ejemplos, son extraídos de Fairclough, 1992, p. 66.

¹⁵ Fairclough, 1992, p. 71.

acción está asociada a ciertas prácticas sociales, dentro de las cuales se encuentran ciertas prácticas discursivas –se notará en este punto la influencia de los Aparatos Ideológicos del Estado de Althusser (1970) y de las formaciones discursivas de Pêcheux (1975)–. De esto se deriva fácilmente la posibilidad de considerar todas esas prácticas discursivas que componen un orden social dado, las cuales formarán un orden del discurso. Un orden del discurso es así el conjunto organizado de las prácticas discursivas que forman parte de un orden social, aunque también se admitirá llamar “orden del discurso” las prácticas discursivas de una institución o esfera de actividad (el orden del discurso empresarial, educativo, etc.).

Un orden social no es más que un conjunto organizado de prácticas: un orden del discurso es uno de sus subconjuntos. Del mismo modo en que las prácticas sociales se organizan en redes, dentro de las cuales cada una cobra una suerte de valor relacional, la organización de las prácticas discursivas en órdenes hace de cada práctica discursiva un elemento dentro de un entramado. Por ejemplo, la conversación existe en distintos órdenes sociales, pero la manera en la que se relaciona con el resto de las prácticas posibles varía (la conversación no tiene el mismo lugar en una corte de justicia o en una clase de la escuela primaria)¹⁶.

Se observará que, en esta primera versión de la teoría, las prácticas no discursivas no son conceptualizadas en tanto que tales, es decir que su presencia aparece difuminada dentro de la categoría de las “prácticas sociales” en general. De modo que para poder considerar el tratamiento que reserva Fairclough (1989) a las prácticas no discursivas es necesario dar un paso atrás y mirar el lugar que da el autor a las prácticas sociales en general, en la que solo las prácticas discursivas gozan de un estatuto analítico independiente. De hecho, nuestra insistencia en las relaciones entre prácticas discursivas y no discursivas no refleja (ni tiene el objetivo de reflejar) la retórica de Fairclough. En sus trabajos, lo discursivo se opone, en general, a “los elementos no discursivos” de lo social, lo cual incluye ciertamente prácticas que no son fundamentalmente lingüísticas (como la construcción de puentes), pero también elementos que no son prácticas, como las estructuras y relaciones sociales, pues se trata, en su perspectiva, de establecer la presencia de lo discursivo en lo no discursivo en este sentido amplio. Nuestra reflexión, que intenta retener solamente dentro de lo no discursivo lo que concierne a las prácticas (en las que incluimos temporalmente, como Fairclough, tanto los modos de acción

¹⁶ Fairclough, 1989, p. 30.

como las acciones efectivas) no discursivas, aborda solamente un aspecto parcial de la mucho más vasta cobertura de lo “no discursivo” en los textos de Fairclough.

1.2. Acción

Presente, pero poco problematizada en el primer periodo de los trabajos de Fairclough, la noción de *acción* (y nociones asociadas como la de *agentividad* y la de *actualización* (ing. *enactment*), entre otras) se vuelve central en las elaboraciones más recientes de su teoría. Este movimiento es concomitante de otro, que tiende a tomar en cuenta lo que diferencia lo regularizado y lo efectivo, entre la estructura y los eventos, entre los tipos de acción y las acciones concretas. La centralidad que cobra la acción altera los límites entre las categorías que comprenden la diferenciación entre prácticas discursivas y no discursivas.

A partir de cierto punto, no se trata ya de decir que las prácticas discursivas son prácticas sociales, lo cual ya se da por supuesto, sino que toda acción comprende algún elemento semiótico (que puede ser lingüístico o no). El objeto que la teoría intenta describir es esa dimensión semiótica que se encuentra dentro de toda acción (por supuesto, en su relación dialéctica con el resto de lo social). Esta preeminencia de la acción está ligada al renovado énfasis que pone Fairclough en la capacidad transformadora de los “agentes sociales”, así como al objetivo de esas transformaciones. En sus últimos trabajos, Fairclough se concentra en la capacidad de los discursos, sobre todo en contexto deliberativo, de alterar las acciones disponibles¹⁷.

Si en la primera versión era delicado establecer una clara distinción entre prácticas discursivas y no discursivas, esta distinción es casi abiertamente negada por la inclusión de un componente semiótico en todo evento o práctica social¹⁸. Esto no significa que el “segundo Fairclough” niegue toda especificidad a lo no lingüístico, contrariamente a lo que sucede en la teoría del discurso de Laclau y Mouffe, quienes aplanan toda especificidad entre las prácticas lingüísticas y las no lingüísticas, subsumiendo ambas en la categoría de *discurso*¹⁹. Fairclough se limita a integrar las producciones que recurren a todo el abanico de sistemas semióticos al ámbito de aplicación del análisis crítico que propone.

¹⁷ Fairclough, 2019.

¹⁸ Fairclough, 2001b, p. 181-183; 2004, p. 27; o incluso en todo “elemento social” (2003, p. 23).

¹⁹ Laclau y Mouffe, 1985. Ver, a este respecto, Lescano, 2023b.

Examinando algunos de los usos del término *acción*, se pueden establecer las modalidades en que éste es particularmente productivo dentro del aparato analítico que Fairclough desarrolla en esta segunda versión de su teoría. Examinémoslos brevemente.

Fairclough afirma que el sentido (ing. *meaning*) que puede engendrar un texto puede ser de tres tipos: el sentido puede ser representación, identificación o acción. Estos términos no nombran clases diferentes de entidades semánticas, sino distintas dimensiones que se imbrican en el sentido de un texto. El sentido es “representación” al dar una aprehensión particular del mundo físico o de otras prácticas sociales (incluso cuando se trata de la propia práctica en curso). Cuando una de estas aprehensiones es estabilizada, Fairclough la llama “discurso”. El autor distingue aquí su uso de “discurso” como sustantivo contable, frente al uso incontable que hace del sustantivo “discurso” cuando se refiere a la práctica discursiva. Esto le permite comparar, por ejemplo, diferentes “discursos” político-económicos como el liberal y el keynesiano²⁰. La “identificación” es la toma de posición subjetiva con respecto a un discurso-representación, lo cual se relaciona habitualmente en los trabajos de los lingüistas del enunciado con ciertos aspectos modales o enunciativos del sentido. El sentido es “acción” con respecto a lo que “hace” un enunciado, de modo muy cercano, si no equivalente, a lo que estipula la perspectiva austiniana, como dar información, contar una historia, dar un consejo, advertir, etc. Los modos de acción que adquieren cierta estabilidad forman “géneros”²¹.

Esta modalidad de la acción, a pesar de depender de muchos otros factores, es encarnada estrictamente por un texto, y podría llamarse legítimamente “acción textual”.

Pero el término *acción* es también la piedra angular con el que Fairclough abre un tipo de tratamiento analítico completamente diferente al de la acción textual. Su punto de partida es el hecho de que los discursos (en tanto que representaciones) pueden dar cuenta de lo sucedido en el pasado, del estado de cosas en el presente, o bien figurar cómo deberían/podrían ser las cosas en el futuro, produciendo proyecciones acerca de mundos posibles. En este último caso, Fairclough habla de “imaginarios”²². Lo particular de los imaginarios, en tanto que acciones imaginadas, es que pueden ser actualizadas (ing. *operationalized*) como acciones reales, y por consiguiente “los cambios imaginados pueden volverse reales”²³.

²⁰ Fairclough, 2019, p. 24.

²¹ Fairclough, 2003, p. 27-8.

²² Fairclough, 2001a, p. 233.

²³ Fairclough, 2019, p. 26.

Si, en la primera fase de su teoría, Fairclough abogaba por una puesta entre paréntesis de la diferencia entre prácticas sociales disponibles y acciones efectivas, se observa aquí que lo central es distinguirlas, lo cual parece natural para una teoría que aspira a dar cuenta del rol del discurso en la transformación de lo político/social.

Al menos dos cambios sustanciales en la relación entre prácticas discursivas y no discursivas se verifican con respecto a las primeras formulaciones de la teoría. El primero es la entrada de la diferencia entre lo posible y lo efectivo como elemento explicativo²⁴. La estructura social es ahora concebida como un conjunto de posibilidades²⁵. Pero la relación entre las acciones posibles y las acciones efectivas no es directa, sino que es, en cierto modo, regulada por una instancia intermediaria que Fairclough identifica a las prácticas sociales (entre las cuales se encuentra el discurso, o más generalmente hablando, lo semiótico) en tanto que posibilidades de acción relativamente disponibles. En ciertos contextos específicos, las acciones efectuadas por medio de discursos, por ejemplo, en una deliberación parlamentaria, buscan modificar (o mantener) el rango de prácticas sociales disponibles para las acciones efectivas²⁶. Usando la terminología del Colectivo Programma (2022), se puede afirmar que en estos casos “lo que está en juego es la transformación de lo (im)posible”²⁷.

Esta elección ontológica crea, sin embargo, una nueva zona de ambigüedad entre categorías. Las prácticas sociales, en tanto que posibilidades de acción con diferentes grados de disponibilidad, compiten, dentro de este marco, con los discursos-representaciones de acciones (pasadas, presentes o futuras). Ahora bien, estos discursos-representaciones parecen estar constituidos esencialmente de relaciones semánticas. Por ejemplo, relaciones de causa a efecto (*x por lo tanto y*), relaciones contrastivas (*x pero y*) o esquemas semánticos más amplios como el esquema *problema-solución*. Cabe aquí preguntarse en qué medida los discursos-representaciones son algo distinto que posibilidades de discursos intrínsecamente orientadas a la acción²⁸. Y si esto no implica la necesidad de estudiar, tal como lo sugiere ya Pêcheux (1975), no ya las propiedades semánticas de enunciados, cláusulas y textos, sino de vastos espacios de significación²⁹.

²⁴ Fairclough, 2003, p. 14.

²⁵ Fairclough, 2003, p. 23.

²⁶ Fairclough, 2019, p. 25.

²⁷ Colectivo Programma, 2022.

²⁸ Esta tesis es desarrollada esencialmente en Camus, 2020; Colectivo Programma, 2022; Lescano, 2023a.

²⁹ El modo en que Pêcheux vuelve necesario este tipo de estudio es expuesto en Lescano, 2022 y 2023a.

El segundo cambio sustancial es que esta nueva perspectiva es solidaria, en los últimos trabajos de Fairclough, de la asunción de una postura “normativa”³⁰, acercándose, de este modo a otros paradigmas con los que la teoría de Fairclough no guardaba previamente ninguna cercanía aparente, como los estudios argumentativos en pragma-dialéctica³¹. La postura normativa se basa, entre otros dispositivos analíticos, en la evaluación de las “argumentaciones políticas” de acuerdo a ciertas normas y valores de racionalidad y de aceptabilidad política. Se trata de establecer, por ejemplo, si en tal argumentación, la conclusión deriva de las premisas o si el estado de cosas existentes permite suponer que las acciones que el discurso propone son susceptibles de engendrar las consecuencias previstas. Son también aplicados criterios que toman la forma de normas/valores como *diga la verdad, hable sinceramente, hable con justeza*³². Estos criterios son políticamente pertinentes en la medida en que la política es la “búsqueda del bien común” fundada en decisiones que se toman en procesos deliberativos, fórmula que Fairclough retoma de la *Ética nicomáquea* de Aristóteles³³.

3. Dialéctica

Habíamos visto en la primera parte de nuestro trabajo que Foucault (1969) considera que las prácticas discursivas y las no discursivas se *articulan* entre ellas de maneras diferentes en cada caso. El trabajo “arqueológico” consiste precisamente, en parte, en establecer la naturaleza específica de cada punto de articulación. Pêcheux (1975) plantea el interrogante de esta relación, limitándose a suponer que las prácticas discursivas y la no discursivas no tienen funciones específicas, complementarias, ya que se encuentran mutuamente “intrincadas”³⁴.

Fairclough afirma que la relación entre lo lingüístico y lo no lingüístico es *dialéctica*. Pero esto tiene dos significaciones diferentes, de acuerdo a las diferentes etapas en la evolución de la teoría: una significación causal y una significación ontológica.

El aspecto *causal* de la relación dialéctica es aquel mediante el cual Fairclough aspira a avanzar en el debate que opone el determinismo, frecuentemente asociado a las teorías sociales de

³⁰ Fairclough, 2003, p. 80 y ss.; 2019, p. 15 y ss.

³¹ Ver, por ejemplo, Eemeren y Houtlosser, 2004.

³² Ver, a este respecto, por ejemplo, Fairclough, 2019 *passim*.

³³ Fairclough, 2019, p. 18.

³⁴ Ver, acerca de estos puntos, Lescano, 2022.

inspiración marxista, y el constructivismo en boga en los estudios discursivos. Para decirlo de manera extremadamente esquemática: las posturas deterministas tienden a analizar los discursos como simples instancias de reproducción/instanciación de las estructuras sociales; los teóricos constructivistas verán toda entidad social como el resultado de la actividad discursiva. Según las primeras, el camino causal comienza en un ámbito que, aunque imbricado con lo discursivo, es esencialmente no discursivo (el modo dominante de producción que rige en la economía de una formación social), el discurso reflejaría las evoluciones que se producen en ese ámbito. En realidad, los teóricos del discurso que se sitúan en este polo no han mantenido una visión tan rígida de la causalidad. Fairclough apunta en particular a Pêcheux, a quien no acusa de aceptar tal mecanicismo, sino de poner demasiado énfasis en el rol que posee el lenguaje en la reproducción de las relaciones de poder, pasando por alto el papel que juega en las transformaciones de lo social³⁵. Inversamente, la postura constructivista, que Fairclough asocia, entre otros, al acercamiento foucauldiano³⁶, concibe al mundo social como modelado por el lenguaje, y pone el acento exageradamente en la capacidad creativa del lenguaje, cayendo en lo que Fairclough, siguiendo en esto a la tradicional crítica materialista, califica de “idealismo”³⁷.

No hay, según Fairclough, una relación causal que vaya unilateralmente de las estructuras sociales a las prácticas discursivas ni tampoco el lenguaje es capaz de modelar libremente el mundo social. La manera en que estos dos caminos causales se combinan no es la misma en las distintas formulaciones de la teoría. El “primer” Fairclough sostiene, junto con, por ejemplo, Pêcheux (1975), que lo discursivo es determinado por las estructuras sociales, pero busca alejarse del teórico francés al acentuar que los discursos pueden producir efectos sociales. El camino causal es recorrido en las dos direcciones, sin embargo, no se trata de una relación simétrica. Veamos esto con más detalle.

Los cambios que se producen en los órdenes de discurso son determinados por las estructuras sociales, en particular, por las relaciones de poder. Estas tienen su origen en la manera en la que la sociedad organiza su producción económica, al producir relaciones específicas entre las clases sociales. A pesar de reconocer el carácter estructurante de otros tipos de relaciones subjetivas,

³⁵ Fairclough, 1992, p. 29 y ss.

³⁶ Fairclough, 1992, p. 34; 2003, p. 78. Extrañamente, Fairclough cita abundantemente los trabajos de Laclau y Mouffe (ver Fairclough 1989, 1992, 2001a, 2003; Fairclough y Scholz, 2020) sin criticar su clara tendencia constructivista.

³⁷ Fairclough, 1992, p. 65.

como las relaciones “étnicas”, de género o meramente institucionales, las relaciones de clase detentan, según Fairclough, un poder determinístico sin común medida³⁸. Se observa aquí que Fairclough adopta límpidamente la perspectiva del materialismo histórico, acercándose así a la propuesta de Althusser / Pêcheux.

Pero a pesar de la fuerza con que las relaciones económicas imponen su molde social, las prácticas discursivas son capaces de producir modificaciones en las relaciones sociales³⁹. Fairclough toma como ejemplo el caso de las posiciones de sujeto disponibles en un contexto escolar, en particular las posiciones de maestro y de alumno. Nuestro *ser maestro* o *ser alumno* se manifiestan en la medida en que hacemos o decimos ciertas cosas bastante precisas (el maestro o la maestra *dicta*, el alumno o la alumna *escribe*, etc.). En este sentido, la estructura social determina férreamente las prácticas discursivas. Ahora bien, al ocupar esas posiciones mediante discursos y otros tipos de acciones, las estamos reproduciendo, estamos manteniéndolas en su duración, garantizando su permanencia. Esa reproducción, argumenta Fairclough, puede efectuarse de manera “conservadora” o bien de manera “creativa”. Los maestros pueden imaginar formas de incluir a los alumnos en la toma de decisiones (pensemos en las pedagogías de la emancipación) y así reconfigurar las relaciones de dominación que les conciernen, lo cual incluye necesariamente la transformación de las prácticas discursivas disponibles en ese ámbito. Las prácticas discursivas pueden, así, ser transformadas por los sujetos mismos, lo cual implica la modificación de las relaciones de dominación.

La relación dialéctica que une la estructura social y el discurso es asimétrica en el sentido en que, a pesar de que las prácticas discursivas sean portadoras de ciertas transformaciones posibles, de acuerdo a Fairclough (1989), la estructura socio-económica detenta la fuerza transformadora principal.

En sus trabajos posteriores, Fairclough pasa de esta postura, en la que el discurso puede resistir puntualmente al poder determinístico de la estructura socio-económica⁴⁰, que podríamos calificar de “determinismo prudente”, a otra que el autor mismo llama “constructivismo moderado”⁴¹. En este periodo, la producción de efectos es prácticamente biunívoca. Así, Fairclough (2004) afirma que:

³⁸ Fairclough, 1989, p. 34.

³⁹ Este párrafo resume Fairclough, 1989, p. 38-40.

⁴⁰ Lo cual es visible al menos desde sus primeros trabajos hasta, al menos, Fairclough, 2001a.

⁴¹ Fairclough, 2003, p. 9; 2004, p. 231.

[...] los textos tienen efectos causales (es decir, que producen cambios) [...] De manera inmediata, los textos pueden producir cambios en nuestros saberes, creencias, actitudes, valores, experiencias, etc. [...] Sin embargo los textos pueden también tener efectos de un tipo menos inmediato [...] los textos pueden [...] producir efectos sociales, políticos y materiales causales –pueden comenzar guerras, por ejemplo, o contribuir a los cambios que se producen en los procesos y estructuras económicos o en los modos de urbanización–. En resumen, los textos tienen efectos sobre, y contribuyen a los cambios que se producen en las personas (creencias, actitudes, etc.), las acciones, las relaciones sociales y el mundo material⁴².

Pero esta masiva capacidad transformadora de los textos no es automática. Que los cambios portados por los textos se vuelvan efectivos depende de “factores contextuales”, entre los que se encuentran la forma concreta de la “realidad social”, de quién busca producir esos cambios, y otros⁴³. El proceso se ha invertido tanto desde las primeras formulaciones, que Fairclough ya no le adjudica la propiedad de ser “dialéctico” (término con el que, como veremos inmediatamente, el autor trata otro problema). Se trata simplemente de *causalidad*⁴⁴ (contextualmente condicionada).

Paralelamente al “constructivismo moderado”, surge en los trabajos de Fairclough cierta búsqueda de precisión en lo que concierne el difícil problema de establecer en qué medida las prácticas discursivas se relacionan con “lo social” (estructuras, relaciones, prácticas, acciones, etc.). Como lo hemos visto brevemente más arriba, desde *Language and Power* (1989), Fairclough sostiene que el discurso es un tipo de práctica social y que toda práctica social puede contener en cierta medida, discurso. Esta idea es complejizada en las posteriores evoluciones de la teoría. Por ejemplo, Fairclough (2001b) propone que:

[...] toda práctica contiene los siguientes elementos:

- Actividad productiva.
- Medios de producción.
- Relaciones sociales.
- Identidades sociales.
- Valores culturales.
- Conciencia.

⁴² Fairclough, 2004, p. 229.

⁴³ Fairclough, 2004, p. 230.

⁴⁴ Ibid.

- Semiosis⁴⁵.

Estos elementos no son componentes discretos dentro de cada práctica, sino que “se hallan dialécticamente relacionados”⁴⁶. Pero a diferencia del uso del término *dialéctica* para nombrar un doble camino causal que caracteriza sus trabajos previos, aquí se trata de definir un tipo particular de frontera entre fenómenos. Todos los elementos de la “práctica” mantienen entre ellos una relación que es *dialéctica* en el sentido en que cada uno de ellos es irreductible al otro (el análisis semiótico exige herramientas conceptuales diferentes de las que se necesita para describir las propiedades específicas de los medios de producción, las relaciones sociales o la consciencia), al mismo tiempo que, cada uno de ellos *interioriza* al resto⁴⁷. Fairclough no se pronuncia, por lo tanto por una irreductibilidad estricta de lo discursivo, como parecen hacerlo Foucault y Pêcheux⁴⁸, sino que su posición al respecto es, aquí también, *moderada*.

4. Balance y perspectivas

Ahora que hemos recorrido, en la primera parte de este trabajo⁴⁹ y en el presente artículo, la manera en que *La arqueología del saber*, *Las verdades evidentes* y las variantes de la teoría elaborada por Fairclough comprenden la relación entre prácticas discursivas y no discursivas, debemos establecer un balance comparativo.

Habíamos visto, en nuestra primera parte, que, para Foucault (1969), las prácticas discursivas funcionan autónomamente en la creación de sus propios objetos, articulándose por lazos contingentes (no regulados por leyes generales) con prácticas no discursivas. Pêcheux (1975), por el contrario, y a pesar de no precisar la relación exacta que las une (solo avanza que están “intrincadas”) sugiere que las prácticas discursivas son en cierto modo la expresión lingüística de las prácticas no discursivas. De hecho, las prácticas discursivas se encuentran, para este autor, penetradas por un proceso causal de determinación en el que el motor determinístico es la estructura económica de la formación social –lo cual excluye, desde luego, toda contingencia. La

⁴⁵ Fairclough, 2001b, p. 181.

⁴⁶ Ibid.

⁴⁷ Fairclough (2001b, 2003, 2004) extrae esta concepción de la dialéctica de la propuesta de Harvey (1996), quien elabora una compleja formulación de base marxista en torno a la relación entre lo discursivo y lo social, cuya presentación necesitaría un trabajo monográfico imposible de proveer en estas líneas.

⁴⁸ Ver, a este respecto, Lescano, 2022.

⁴⁹ Recordemos que se trata de Lescano, 2022.

teoría de Fairclough, por su lado, oscila entre ambas posturas, sin que se la pueda equiparar completamente con ninguna de ellas. Es cierto que su primera fase, que hemos identificado esencialmente con sus obras *Language and Power* y *Discourse and Social Change*, al suponer que lo discursivo viene siempre determinado por las estructuras sociales, se sitúa prácticamente en la línea de Pêcheux y se opone al constructivismo de inspiración foucaultiana. Pero lo hace exigiendo que el análisis se concentre en los cambios (que parecen, sin embargo, en este período, marginales) que los discursos pueden producir en lo social. Es la postura que hemos llamado aquí “determinismo prudente”, substancialmente modificada en sus trabajos posteriores, en los que Fairclough adopta un “constructivismo moderado”, en el que todo lo social, todo lo empírico, al estar imbuido por lo discursivo, está sujeto a las transformaciones portadas por lo lingüístico/semiótico, si las condiciones necesarias son reunidas. Lo que podríamos llamar el *impacto*⁵⁰ efectivo del discurso es dependiente de factores múltiples, entre los que se encuentra la capacidad de la estructura social de impedir tal impacto.

Foucault (1969) y Pêcheux (1975), tal como lo habíamos observado en la primera parte, coinciden en uno de los aspectos centrales de la relación entre prácticas discursivas y no discursivas: se trata, según estos autores, de planos irreductibles. Para Foucault, las prácticas discursivas son gobernadas por las leyes de las formaciones discursivas a las que pertenecen; para Pêcheux, lo discursivo tiene un rol específico en el proceso de reproducción de las relaciones sociales y es por eso que propone pensar formaciones *discursivas* distintas de las formaciones *ideológicas*, que son las que regulan las prácticas no discursivas. Fairclough se aleja, esta vez, de ambos autores. En sus primeros trabajos, una de sus afirmaciones centrales es que el discurso es siempre práctica social y que ciertas prácticas sociales pueden contener (en grados variables, que van de lo anecdótico a lo esencial) un elemento discursivo. Al insistir luego en su posición “dialéctica” (en su sentido ontológico y no puramente causal), la irreductibilidad de lo discursivo –a pesar de lo que afirma el autor– desaparece. La irreductibilidad de cada elemento de lo social se sitúa en las herramientas del analista más que en el objeto analizado (es epistemológica y no ontológica), pues, de acuerdo a esta versión de la teoría, el objeto *discurso* no es nunca reductible a un núcleo específico independiente de las otras facetas de lo social.

⁵⁰ Lescano, 2023a, p. 170 y ss.

Para analizar la relación entre tipos de prácticas (discursivas, no discursivas), Foucault y Pêcheux hacen aparecer un tercer plano, que en la primera parte de nuestro trabajo hemos calificado de *semántico*. Es el plano de las formaciones discursivas, considerados como espacios de significación externos a los enunciados y textos individuales, en tanto que estrato específico del espacio socio-político. No nos hemos ocupado aquí del lugar *explícito* que Fairclough otorga a la semántica, pues la relega esencialmente al estudio de producciones lingüísticas concretas (enunciados, textos...), lo cual aleja esas consideraciones del problema que nos ocupa. Sin embargo, ciertos aspectos de su teoría hacen aparecer, implícitamente, la necesidad de un plano semántico cuya realidad no estaría ligada a enunciados particulares sino al espacio social, en el que existirían los “discursos” en tanto que representaciones (imaginarios, o no).

Precisamente con respecto a los discursos-representaciones, que es difícil considerar diferentemente que como esquemas semánticos (es decir como potencialidades susceptibles de engendrar discursos), aparece una de las especificidades más notables de la teoría de Fairclough. Hemos visto que, en sus trabajos más recientes, Fairclough vislumbra la posibilidad que los discursos-representaciones sean *actualizados* (ing. *enacted*) por acciones concretas. Parece posible concluir a partir de sus observaciones que lo que está en juego en las situaciones políticas es la delimitación conflictiva de los discursos-representaciones (o esquemas semánticos) a partir de los cuales se producirán las acciones efectivas. Más aún, sus reflexiones abren la puerta hacia la idea que en las situaciones políticas, las entidades semánticas vehiculan intrínsecamente una cierta orientación hacia la acción efectiva⁵¹.

Observemos que su noción de *actualización* (como también la de *realización*, que no hemos abordado aquí y que es la relación que uniría un discurso-representación a objetos del mundo empírico, como puentes o edificios) deja suponer que el vínculo que une la representación a lo efectivo (acción, objeto) está prefigurado por el discurso-representación y que lo efectivo responde necesariamente a un esquema “discursivo” concreto. En esta dirección se orienta, en efecto, la “interiorización” de lo semiótico en lo empírico (interiorización en la que reposa su “dialéctica”, en el sentido ontológico). Parece difícil, sin embargo, aceptar este nivel de transparencia en la conexión entre planos (transparencia contra la cual aboga, de hecho, el propio Harvey (1996), del cual Fairclough extrae su uso del término *dialéctica*).

⁵¹ Para un desarrollo en este sentido ver Camus, 2020; Colectivo Programma, 2022; Lescano, 2023a.

Señalemos, para terminar, un elemento que puede parecer marginal, pero que ocupa, en nuestro entender, un lugar central: la adopción de una perspectiva preeminentemente normativa en los trabajos más recientes de Fairclough. El interés que conlleva la pregunta que funciona como guía a nuestro trabajo, que interroga, repitámoslo, la relación entre las prácticas discursivas y las prácticas no discursivas reside en que las diferentes respuestas que se puedan proveer implican necesariamente un compromiso filosófico y político. No se trata simplemente de especular sobre los lazos que mantienen categorías abstractas, sino de caracterizar adecuadamente el rol de lo discursivo en la evolución de los modos de vida. Si el constructivismo que se asocia al Foucault “arqueólogo” ha sido criticado desde el marxismo, y dentro de él, por el propio Fairclough, es porque se lo acusa de vehicular un relativismo en el cual lo social parece mágicamente construido por las palabras. Por su lado, el supuesto determinismo marxista es criticado por dificultar la comprensión de las transformaciones sociales elaboradas discursivamente, como lo señala aquí también Fairclough. En este caso, el Fairclough normativista, al imponer criterios de razonabilidad y de sinceridad a las situaciones discursivas que se orientan hacia el “bien común”, entra en conflicto con el Fairclough marxista, quien debería aceptar que no hay “bien común”, sino “bien para una clase social (en desmedro de la otra)”, frente a lo que la aplicación de criterios de razonabilidad o de sinceridad a los discursos no tendrá ningún efecto notable.

Referencias bibliográficas

Althusser, L. (1970): « Idéologies et appareils idéologiques d'État. Notes pour une recherche », *La Pensée*, 151, p. 3-38.

Camus, Z. (2020): *Pour une description sémantique des assemblées citoyennes politiques. Le cas de Marinaleda, du NPA et de Nuit debout*. Tesis de doctorado, EHESS, París.

Colectivo Programma (2022): “La transformación de lo (im)posible. A propósito de la dimensión semántica de la conflictividad política”, *Refracción*, 6, p. 1-33.

Eemeren, F. H. van & Houtlosser, P. (2004): “Une vue synoptique de l'approche pragma-dialectique”, en Doury, M. & Moirand, S. (dirs.), *L'argumentation aujourd'hui : Positions théoriques en confrontation*. París : Presses Sorbonne Nouvelle, p. 45-75.

Fairclough, N. (1989): *Language and Power*, New York: Longman.

Fairclough, N. (1992): *Discourse and Social Change*, Cambridge-Malden, Polity Press.

Fairclough, N. (2001a): “The dialectics of discourse”, *Textus* 14, 2, p. 231-242.

Fairclough, N. (2003 [2001b]): “El análisis crítico del discurso como método para la investigación en ciencias sociales”, en Wodak, R & Meyer, M. (comp.) *Métodos de análisis crítico del discurso*, Trad. de Fernández Aúz, T & Eguibar, B. Barcelona: Gedisa, p. 179-204.

Fairclough, N. (2003): *Analyzing Discourse. Textual Analysis for Social Research*, London - New York: Routledge.

Fairclough, N. (2004): “Semiotic Aspects of Social Transformation and Learning”, en Rogers, R. (ed.) *An introduction to Critical Discourse Analysis in Education*, New Jersey: Lawrence Erlbaum, p. 225-236.

Fairclough, N. (2019): “CDA as Dialectical Reasoning: Critique, Explanation and Action”, *Policramias*, vol. 4, 2, p.13-31.

Fairclough, N. y Scholz R. (2020): “Critical Discourse Analysis as ‘Dialectical Reasoning’: from Normative Critique towards Action, by Way of Explanation. Interview with Norman Fairclough conducted by Ronny Scholz », *Mots. Les langages du politique*, 122, p.113-123.

Foucault, M. (1969): *L'Archéologie du savoir*, París: Gallimard.

Foucault, M. (1971): *L'ordre du discours*, París: Gallimard.

Harvey, D. (1996): *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Oxford: Blackwell.

Laclau, E., & Mouffe, C. (1985): *Hegemony & Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, New York: Verso.

Lescano, A. (2022): “Lo que decimos y lo que hacemos. Primera parte: La arqueología del saber y Las verdades evidentes”, *Refracción*, 5, p. 70-87.

Lescano, A. (2023a): *Prolégomènes à une sémantique des conflits sociaux*, París: Hermann.

Lescano, A. (2023b): “Lo no verbal no es discurso. Acerca de ciertas especificidades de las acciones verbales y no verbales en los conflictos sociales”, en Camus, Z. (dir.) *Lenguaje y sociedad. Acercamientos, teorías, problemas y perspectivas*, Sevilla: Editorial de la Universidad de Sevilla, en prensa.

Pêcheux, M. (2016 [1975]): *Las verdades evidentes. Lingüística, semántica, filosofía*. Trad. de Glzman, M. (trad. y supervisión), Karczmarczyk, P., Marando, G., Martínez, M. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.

Wodak, R. (2001): “De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos”, en Wodak, R & Meyer, M. (comp.) *Métodos de análisis crítico del discurso*, Trad. de Fernández Aúz, T & Eguibar, B. Barcelona: Gedisa, p. 17-34.